

Tácito que conocía el Weser (Visurgis), cita también el Eder (Adrana). Antes de conocer sus nombres habían atravesado los romanos el Aller (Alara), el Leine (Lagina), el Oker (Ocara ú Obacra), el Hunte (Hunta), el Ems (Amisia) y el Hase (Hasa). Tolemeo llama Viadus y Suebus al Oder; para él era el Vistula la frontera oriental de Germania, bien que sin duda se hallaban también establecidos godos en la cuenca del Pregel ó Memel que este autor llama Gut-talus.

De lagos, el de Constanza que llamaban lacus Brigantinus (de Brigantio, voz celta muy frecuente con que se designaban pueblos y que también se encuentra en la ciudad de Bregenz), fué llamado ya en época muy lejana lacus Venctus; Amiano lo describió bajo este nombre detalladamente, en especial respecto de su relación con el Rhin.

Plinio menciona además otros dos lagos grandes en el país de los caucos; y Pomponio Mela cita tres de los principales pantanos de la Germania con nombres, por lo menos en parte, evidentemente celtas.

Para Tácito acaba la «naturaleza» con el mar del Norte y el Báltico, y todo lo que se cuenta sobre las tierras ulteriores lo tacha de pura fábula. Plinio cree, y con razón, que los habitantes de aquellas islas viven (casi) exclusivamente de avena y de huevos de aves; pero además cree que tienen en lugar de piés patas de caballo y que cubren su cuerpo desnudo con sus orejas largas.—Tácito, sin embargo, sabía muy bien que los marinos y soldados romanos de la expedición de Germánico habían sufrido y padecido trabajos inmensos en aquellas aguas peligrosas y que exageraban en sus relatos las aventuras que habían pasado y los horrores de su situación.

Debe suponerse que los juicios que formaron del país y clima germánicos otros autores griegos y romanos, se fundaron en iguales exageraciones; porque no habiéndolos visto con sus ojos, habían de regirse por los relatos desfigurados que oían, y aun los que habían visitado el país veían y juzgaban involuntariamente al través del prisma de la naturaleza, clima y civilización de Italia y Grecia, donde se habían criado, lo cual explica más de una singularidad de sus relatos. Añádase á esto que para los griegos y romanos solo eran hermosas las comarcas feracísimas y ricas; la naturaleza salvaje, grandiosa, y como ahora se dice, romántica, no excitaba en manera alguna su admiración, cosa que por lo demás no se ha puesto en moda sino de muy poco tiempo acá.

La repulsiva inhospitalidad del país no hizo más que confirmar á sus ojos la creencia errónea de que los germanos eran autóctonos, es decir, originarios del país, porque Tácito dice: «Aun haciendo caso omiso de los peligros de un mar desconocido y terrible ¿quién abandonará el Asia, Africa ó Italia en busca de una Germania, con su suelo contrahecho, sus vientos inclementes, morada lóbrega y de melancólico aspecto, si no fuese el país donde ya nació?»

Finalmente, hay que considerar que la antigua Germania, cubierta en su mayor parte de pantanos y selvas vírgenes é inhabitables, debía ser forzosamente mucho más lóbrega é inhospitalaria que después de las grandes roturaciones de los siglos X, XI y XII. Excuso entrar en la cuestión espinosa de la influencia que podían tener aquellas masas y extensiones de bosques, pantanos y aguas sobre el clima, y cómo podían causar una primavera tardía, un otoño precoz, cantidades colosales de hielo y de nieve, y el frío polar consiguiente. Ciertamente, a pesar de esto, dice Tácito que el país era bastante fértil y que la calidad del suelo, el carácter de los habitantes y el clima no son en todo el territorio de la Germania los mismos, y solo hablando en general la presenta como país

cubierto de impenetrables bosques y desfigurado por pantanos, más húmedo en la parte occidental, y más expuesto á los vientos hacia la Panonia y Nórlica, es decir, en dirección al Este y Sudeste. Poco á poco fueron advirtiéndose también los romanos la diferencia que existía entre las melancólicas tierras bajas pantanosas ó arenas del Norte de Alemania y la hermosa región central con sus sierras.

Plinio ha trazado el cuadro de la tierra, de la gente y de la vida al describir el país de los caucos, es decir, las tierras bajas de la costa expuestas á las invasiones del mar; y después de hacer sus reflexiones sobre la vida pobre y mísera que llevaría un pueblo en países que no gozaban del beneficio de árboles frutales, dice que tales pueblos existen efectivamente en el Oriente, pero añade: «también he visto con mis propios ojos en el Norte el país de los caucos, que se dividen en grandes y pequeños, ó sea en mayores ó menores. Allí se levanta el Océano dos veces cada veinticuatro horas á una altura colosal, cubriendo y descubriendo alternativamente superficies de una naturaleza indeterminada, puesto que uno no sabe si pertenecen al mar ó á la tierra firme. Allí vive la gente, digna de compasión, en cerros elevados ó en estacadas, sobre las cuales erigen á una altura que no alcanza la marea más alta, sus chozas, pareciendo en la mar creciente marinos á bordo de algún buque, y en la marea baja náufragos. Este es el momento en que cazan cerca de sus barracas hechas de tabla los peces que se esfuerzan por retirarse con el mar. No pueden tener animales domésticos que les proveerían de leche como la disfrutaban sus vecinos, ni siquiera pueden luchar con fieras, pues que en todo el ámbito no se ve una mata. De los juncos y espadañas hacen cuerdas y redes para pescar, y con las manos reúnen fango del mar que secan más á favor del aire que del sol, para preparar con él su alimento y calentar sus miembros helados por el viento del Norte. Su bebida es agua de lluvia que se reúne en las hoyas que cavan cerca de su vivienda. ¡Y tales pueblos, cuando los romanos los conquistaron, se quejan de la esclavitud! Pero así es el mundo, ¡la suerte libra á algunos de este destino solo para castigarlos!» (Véase la Historia Natural de Plinio, XVI, 1). El mismo autor supone que es imposible que el mar acabe allí; y en otra parte dice que admiraba mucho á los romanos ver que los tordos pasaban el invierno en la Germania.

No será de ningún modo exagerado lo que cuenta este autor respecto de algunos fenómenos que presentaban aquellas selvas vírgenes; entre ellos raíces de árboles gigantes que, chocando una con otra debajo de la tierra, se levantan juntamente con la tierra que las cubria hasta la altura de las ramas, formando á veces arcos bastante altos para dejar pasar por debajo jinetes; y es muy creíble que tales árboles colosales, se entienden encinas, que crecían en las orillas de ambos lagos caucos, arrancados por las aguas ó por las tormentas, fuesen llevados en pié juntos con la tierra entre sus raíces como islas flotantes por las corrientes hasta el mar, donde cual fantásticas naves con sus mástiles y maromas, amenazaban hacer zozobrar los buques romanos cuando de noche las olas las impelían contra ellos. Casos enteramente análogos cuentan de las selvas vírgenes de otros continentes los viajeros de hoy. Eran troncos tan largos y gruesos que, vaciados, servían de barcos á veces para treinta hombres, como aun se ven en los lagos de Baviera, donde los llaman *Einbaume*, barco de un solo árbol; ¡y sin embargo, en tales embarcaciones hacían sus excursiones de piratería!

Entre los animales silvestres que poblaban estas selvas citan los extranjeros que entonces visitaban la Germania el alce (alanés), el áclis, del cual César creía cosas fabulosas, y

varias especies de raza bovina. Plinio dice que la Germania, como la vecina Escitia, producía muy pocos animales á causa de la escasez de alimento, pero que tenía especies soberbias de bueyes silvestres, el famoso bisonte y el uro de extraordinaria fuerza y velocidad, muy semejante á un ciervo ó ternero, y que los ignorantes llamaban búfalos, animal que habita el Africa.

«También produce el Norte caballos silvestres, añade Plinio, como Asia y Africa producen asnos silvestres; se cria allí además el alce semejante á un toro joven, pero diferente por la longitud de las orejas y del cuello; después el áclis, que también se encuentra en la isla de Escandinavia y que nunca se ha visto en Roma, pero que se le conoce por las muchas descripciones que se han hecho de él: se parece al alce, solo que no puede doblar las rodillas, por cuya razón no puede echarse y ha de dormir de pié arrimado á algún árbol. Esto ha hecho imaginar un modo muy astuto de cogerlo, que consiste en aserrar de antemano el árbol para que al arrimarse el animal ceda y se caiga junto á él (!). Por lo demás es animal muy veloz; tiene el labio superior muy desarrollado, tanto que le obliga á paecer andando hacia atrás, para no tropezar y quedar cogido con el labio si paciese hacia adelante.»

Así lo refiere Plinio entre muchas otras cosas absurdas que se contaban de la Germania entre los romanos, como aquello de las aves de la selva Hercinia, que de noche despedían luz como el fuego.

La plumaza de los gansos germánicos, especie más pequeña que lo común, é incomprensible por su blancura y suavidad (los llamaban *gantae*) era tan estimada en Roma, que llegó á ser un artículo de comercio importante, pagándose la libra á 5 dineros; y fué causa de más de una falta en los jefes que empleaban cohortes enteras en la caza de estas aves. La molición era ya tan grande entre los romanos que hasta había hombres que al decir de ellos mismos, no podían descansar sino sobre almohadas de esta clase.

La cría de ganado era por lo menos al comienzo de este período el principal elemento de la industria germánica; y aun después cuando ya hubo agricultura, continuó por largo tiempo siendo la base de la producción. Así se explica que en todas partes se hallaran numerosos rebaños, que con las armas y los siervos constituían toda la riqueza del hombre libre; y como no había otra propiedad, claro es que los soldados romanos no podían arruinar al país ni á los habitantes después de haber quemado sus sembrados; ni hacer otro botín que los ganados y los prisioneros. Esto es en efecto lo que se lee en todas las relaciones romanas, que rara vez hablan de haber incendiado su tropa aldeas ni caseríos germanos.

Los pastos de Alemania tenían fama de ser superiores á todos; Plinio los menciona para probar que el suelo graso no es condición indispensable para la bondad del pasto, pues que en la Germania se encuentra inmediatamente debajo de la capa de césped la arena. Se vé que se refiere á las llanuras de la Baja Alemania, ó la parte Noroeste.

Como raza, por supuesto, no podían compararse los ganados germánicos con los de Italia, tan adelantada y donde desde largos siglos se habían ido perfeccionando las cualidades de los animales útiles al hombre. Menguados los llama Tácito: «acaso, dice, den los bárbaros más importancia á la cantidad que á la calidad. Al ganado bovino falta el adorno de las soberbias astas (que tanto distingue á los toros de Italia);» pero de esto no puede deducirse que los bueyes germanos hayan estado completamente desprovistos de cornamenta; esto sería torcer el sentido de las palabras de aquel autor sin necesidad.

El ganado caballar se cita en los escritos de aquella época como muy apreciado, y sirviendo para regalos importantes, como entre desposados, ó los que hacían al rey, ó bien éste á personas de su séquito.

Fábula será lo que cuenta Plinio de un pez negro que, según él, se criaba en el Danubio, cuya carne causaba instantáneamente la muerte, y que se encontraba en toda la extensión del río, excepto en la proximidad de una fuente cerca de su nacimiento, por cuya razón se tenía la fuente por el origen del Danubio.

Ningún documento existe que haga suponer en el primer período la existencia de la apicultura en Germania; pero la miel y cera de abejas silvestres se encontraban en cantidades verdaderamente asombrosas en aquellas selvas; Plinio menciona un panal negro en su cara interior, de una longitud de 8 piés.

Ciertos vegetales prosperaban extraordinariamente en el suelo y clima germánicos, como por ejemplo, el rábano negro (*rhabanus*) «que requiere tierra floja y húmeda, no quiere abonos y se contenta con una cubierta de bolla (r), le gusta el frío y alcanza el tamaño de una criatura.» (Plinio XIX, 26). Tiberio apreciaba tanto las chirivías de Germania, que se las hacía llevar todos los años, principalmente del distrito donde estaba el castillo de Gelduba junto al Rhin, donde prosperaban extraordinariamente, «lo que prueba, dice Plinio, que es planta de países fríos.»

En la Alta Germania abundaba una legumbre que los romanos comparaban al espárrago.

Cuando Tácito dice que la Germania no tenía árboles frutales, entiende los de fruta fina; porque las guindas del Rhin y las manzanas de Bélgica que menciona Plinio procedían de la industria y de plantíos celto-romanos.

De los cereales cultivaban comúnmente la avena y la cebada; de la primera hacían gachas, pero no de la segunda.

Respecto de minas de oro ó plata nada sabe Tácito; pero lo atribuye á la circunstancia de que no les había ocurrido buscarlas. El mismo hierro escaseaba, conforme se recoge de sus armas, en las cuales suplían frecuentemente las piedras, las astas y los huesos al citado metal, y la mayor parte de las lanzas carecían aun de estas puntas, y solo la tenían de la misma madera endurecida al fuego.

En tiempo de Plinio se decía que en la provincia de Germania se había encontrado calamina, una roca metálica (*cadmea*), un compuesto de zinc.

La sal se sacaba no solamente del mar, sino también de manantiales del interior, echando el agua salada sobre ascuas. Fuentes salinas tan benéficas estaban consagradas á las divinidades, y su posesión era una causa perenne de guerras furiosas entre las tribus vecinas, como las que hubo constantemente entre hermunduros y catos por los manantiales junto al Verra y junto al Sale Turingio ó Franco, y entre burgundios y alamanos en tiempo de Valentiniano.

Entre las fuentes medicinales conocían y utilizaban los romanos las de Wiesbaden (*Aqua mattiacae*) y de Baden-Baden (*civitas Aurelia aquensis*). De las primeras dice Plinio que el agua sacada se conservaba tres días caliente y que depositaba piedra pómez. Es posible que Macriano, rey de los alamanos (que según Amiano estuvo allí en el año 370 de nuestra era), fuera con el intento de tomar estas aguas.

En el ejército romano se contaban también casos de fuentes dañinas y de los remedios que los germanos aplicaban para anular sus efectos. Cuando Germánico después de pasar el Rhin penetró en el interior, no encontraron los romanos más que una sola fuente de agua potable, que tenía la cuali-

(1) La paja menuda que queda en la hera después de aventar.

res á la agricultura sedentaria. Las religiones y la moral de los indios antes de trasladarse á la cuenca del Ganges, y las de los persas, demuestran muy claramente que los arias en su primitiva patria de Asia no eran un pueblo que pecaba por demasiado pacífico.

2.— Virtudes y defectos

La virtud mas prominente, la única que salvó á los germanos de los romanos, y que luego les entregó el imperio del mundo, era aquel incomparable heroísmo, aquella afición á la lucha y á los peligros, aquella alegría y aquel deleite con que daban muestra de su valor, y que los autores romanos y griegos no se cansan de recordar desde los días del «terror cimbrico» hasta el tiempo en que el solo aspecto de Cárlo Magno hizo temblar á los habitantes de Italia. Furor teutónico y otras expresiones por el estilo para pintar el furor, la rabia, la embriaguez y pasión de la lucha, usan con frecuencia los autores extranjeros cuando describen el empuje con que los guerreros germánicos se precipitaban sobre el enemigo contentos de morir, saltando y bailando, literalmente riendo y cantando de júbilo, aun cubiertos de heridas y blandiendo sus armas. No sin razon atribuyen muchos autores este desprecio de la muerte á la religion de los germanos, que personificaba en su dios Vuotan el furor belicoso y prometia á los héroes muertos en combate una vida futura en la mansion de placeres llamada Walhalla, donde se les brindaba con todo lo que mas les alegraba; pero los que dicen esto olvidan que otras religiones no llegan en ningun otro pueblo á despertar con sus promesas igual heroísmo. En los germanos este heroísmo formaba el fondo del carácter nacional, que creó aquella religion; heroísmo innato en todos los arias, si bien en algunas ramas, como en los indios despues de su traslacion al Sudeste, fué reemplazado por la afeminacion, mientras la influencia del alto Norte lo desarrolló en los escandinavos, y la vida selvática produjo el mismo efecto en los germanos meridionales, cuyo furor guerrero, durante siglos, no cesaron de admirar los romanos conquistadores del mundo.

Otra virtud de inmensa importancia para la conservacion y desarrollo de la fuerza de nuestro pueblo era la castidad, la pureza en el trato entre los dos sexos que los romanos se empeñaban en ponderar. Tácito alaba en muchos pasajes de su obra, con cualquier motivo, esta virtud de los germanos diciendo: «Esta parte de sus costumbres es su mayor gloria: este pueblo sencillo y no corrompido todavía, cuya imaginacion no anda extraviada, no encuentra ningun inconveniente en que el traje de las muchachas y mujeres adultas deje los brazos y una parte del pecho descubiertos, y esto que el lazo matrimonial conserva un rigor y una santidad que pueden servir de modelo. En casi todas sus tribus se contenta el hombre con una sola mujer, excepto algunos reyes y príncipes que tienen mas, y no por concupiscencia, sino por asegurarse parentescos influyentes, como nos consta de Ariovisto que estaba casado á la vez con dos mujeres. Mientras que entre los romanos se hacen los matrimonios por el interés del dote, y sin que ni esta codicia sea bastante para atraer al esposo egoísta y enemigo de la vida matrimonial al hogar doméstico, sucede lo contrario entre los germanos, donde es el marido el que lleva el dote á la mujer; los parientes de ambas partes examinan los regalos que no consisten en dijes y lujo, sino en ganado bovino, en un corcel aparejado con escudo, frámea y espada. Esto son los regalos que espera la mujer cuando el marido la recibe en su morada, y ella tambien le lleva armas, que consideran como el lazo mas sublime, como su santuario secreto; las armas son

sus divinidades matrimoniales, y á fin de que la esposa no se haga la ilusion de que las ideas heroicas y los peligros de los combates no la atañen, se le recuerda desde el primer momento del matrimonio con estas ofrendas, que su obligacion es ser la compañera de su esposo en los combates, en los peligros, en la paz y en la guerra, y que ha de compartir con él el mismo destino y las mismas vicisitudes. Esto es lo que significan los bueyes aparejados, el caballo de guerra armado, y las armas que el marido le regala; con estos sentimientos ha de vivir y morir para algun día presentar estos regalos sin tacha á sus hijos y á las esposas de estos, y hacerlos pasar así á los nietos.» (Además de esta noble y sentida descripcion, dice Tácito que el dote que la novia recibia del novio y que antes del establecimiento de la moneda consistia en armas ó ganado, se sustituyó despues por un simple donativo cualquiera: de todos modos la espada y la lanza que la novia regalaba á su marido eran símbolos sagrados del lazo conyugal que desde entonces iba á unirlos.)

«Así viven escudadas por el pudor mas riguroso, sin haberse corrompido asistiendo á espectáculos públicos ó á banquetes excitantes; ni ellas ni sus maridos nada saben de correspondencias en cifras. En este pueblo es rarísimo el adulterio, que el esposo está autorizado para castigar al momento; desnuda, cortado el cabello y en presencia de los allegados empuja el marido ultrajado á la culpable fuera de la casa y apaleándola la hace atravesar la aldea, pues allí no hay consideracion para la que se desprende de su castidad, y la adúltera por hermosa, rica y jóven que sea, no puede ya hacerse la ilusion de encontrar otro esposo. Allí no se rien de este vicio y no llaman seducción esta moda de nuestra época. Mas dignas de alabanza todavia son las tribus que permiten solo á las doncellas contraer matrimonio, de modo que allí no hay mas que una sola esperanza y un solo voto de fidelidad para la mujer. Como no tienen mas que un solo cuerpo y una sola vida, no pueden esperar mas que un esposo solo; todo lo demás seria una ilusion. Consideran como un crimen limitar el número de los hijos ó matar el que naciera despues del número fijado; allí pueden mas las buenas costumbres que en otras partes las buenas leyes.»

Al leer esta descripcion sentenciosa de Tácito hay que tener presente que la idea que tenían los germanos del adulterio era la misma que tenían los romanos; para estos como para aquellos solo se aplicaba á las mujeres; solo el marido tenia derecho á la fidelidad de su consorte; las relaciones del hombre casado con una soltera no constituian adulterio, el marido no faltaba en ningun caso al matrimonio; solo podia perjudicar y adular otro matrimonio siendo amante de la mujer casada ajena; entre los germanos meridionales era corriente tener concubinas y aun esposas juntamente con la principal y primera, y lo mismo, solo en forma mas bárbara, sucedia entre los del Norte. Solo con el cristianismo ha adquirido la mujer el derecho á la fidelidad del marido.

Se casaban tarde los varones, y tampoco tenían prisa los padres en colocar á sus hijas; y esto considera Tácito como otro motivo de la robustez y salud de que gozaba todo el pueblo.

«La mujer que llega á ser madre, dice este autor latino, amamanta ella misma á sus hijos, y no abandona este deber á nodrizas y siervas, como lo hacen las damas romanas.»

Consecuencia de la virtud general de la castidad y de la idea elevada y severa que tenían los germanos del matrimonio, era la gran consideracion de que disfrutaba la mujer, en cuyo concepto se distinguían los germanos ventajosamente de los griegos, pueblo semi-oriental, y en cierto modo hasta de los mismos romanos. Véase cómo se expresa Tácito:

«Para ellos tiene la mujer algo de sagrado y cierto don profético; no desprecian sus consejos, mas bien los tienen en mucho. Una de estas iluminadas que llaman valas, era la Veleda, la doncella brúctera, que gozó durante mucho tiempo fama de estar iluminada por el espíritu divino; y antes de ésta ya tenían á Albrun y á varias otras mujeres en igual veneracion, pero no las adulan colocándolas entre los dioses como hacen los romanos con sus emperadores.»

Las «mujeres sabias» consideradas como iluminadas por los dioses, como profetisas y que conocían el porvenir, no han de confundirse con las sacerdotisas, bien que estas podían reunir ambos caracteres; pero tan intuitivo era en la raza germánica venerar este don en la mujer, que se figuraban el hado, la fuerza que rige el porvenir y los destinos como mujeres, é igualmente patentizan este elevado concepto las divinidades femeninas que figuraban en su religion, como Frig, Freya, las Walkirias y Nanna, conforme veremos mas adelante.

Lo que la posicion de la mujer ofrece á nuestros ojos de desfavorable y de indigno no es efecto del carácter germánico, ni de un concepto bajo que tuviesen del otro sexo, sino consecuencia ineludible de las costumbres rudas, del modo de vivir en general, del duro combate por la existencia, á pesar y sin mengua del grandísimo aprecio en que tenían la mujer. Su inferioridad como elemento guerrero explica la tutela que ejercía sobre ella el sexo fuerte; el tutor disponia de la mano de la pupila y de la viuda en absoluto; la liberacion de la tutela se habia de comprar como la de una esclavitud; el hombre tenia derecho á castigar á su mujer y pupila; la mujer no podía heredar inmuebles sino á falta de todo heredero varon; á la mujer y á los hijos correspondían todos los trabajos domésticos por pesados y duros que fuesen, ya en la casa, ya en el campo, mientras que el hombre guerreaba, ó asistía á las asambleas del pueblo, ó se dedicaba á la caza ó pasaba el tiempo comiendo y bebiendo con sus amigos, ó bien estiraba perezoso sus poderosos miembros sobre una piel de oso junto al hogar.

Claro es que entonces como hoy eran la riqueza y la pobreza las dos causas principales de una desigualdad de la posicion mas ó menos regalada ó misera de la mujer á pesar de tener legalmente derechos iguales; la reina y la esposa del noble si tocaban el trabajo era para dirigir y para hacerlo venerable, mientras que los siervos de ambos sexos lo ejecutaban; y la mujer del hombre libre pero pobre tenia que hacerlo ella con sus hijos sin consideracion alguna y por pesado que fuese.

Se ha ponderado en todos tiempos la fidelidad de los germanos, y con mucha razon. No faltaban á la palabra dada, quizás por pundonor, quizás por temor á los dioses que castigaban la traicion. Tácito refiere que una embajada frisona se alababa en Roma de que ningun pueblo ganaba á los germanos en fidelidad y valor. En otro pasaje dice, que impresionaba mucho á los romanos ver á los germanos, cuando en su pasion por el juego de los dados, se habían jugado á sí mismos como último recurso despues de haber jugado y perdido cuanto tenían incluso la mujer y los hijos, entregarse sin proferir palabra al que habia ganado, aunque fuese este un viejo débil, dejarse atar, llevar á donde queria su nuevo amo y ser vendido. «Tan grande, dice Tácito, es su terquedad en el vicio; lo cual llaman ellos cumplir la palabra.» Lo que les obligaba era el pundonor. La hospitalidad, á la cual el extraño no tenia derecho alguno, una vez prometida, era observada con tanta fidelidad, que el pueblo de los gepidos prefirió la guerra contra el poder superior de Justiniano, es decir su esterminio seguro, á entregar un fugitivo al que habían dado hospitalidad; pero en

este caso es probable que el temor de los dioses les hizo guardar fidelidad. (Véanse César: *La guerra de las Galias* VI, 23.; Tácito: *La Germania*, cap. 21, y *Mela* III, 3. 2.)

El extranjero no tenia derecho alguno á proteccion entre los germanos; estaba fuera de la ley, y se le podia matar sin escrúpulo; pero un sentimiento moral, consecuencia de sus ideas religiosas, hacia considerar como un crimen negar á otro el albergue y hogar protector.

La excesiva hospitalidad unida á una inclinacion innata en los hombres, era una ocasion para banquetes y gran consumo de bebidas. En tales ocasiones era recibido tambien el que se presentaba al azar sin ser invitado ni siquiera conocido como los demás comensales. A la despedida, el que daba y el que recibia la hospitalidad se exigían uno al otro un regalo, cuya admision no obligaba á nada; era una mera satisfaccion y motivo de alegría.

Las acciones criminales ejecutadas en secreto, cobardemente y á traicion, se castigaban con un rigor muy especial, quedando el delincuente, desde luego, deshonrado.

Estas ideas, que representan la fidelidad como una virtud nacional, no imperaban, sin embargo, en las relaciones de los germanos con sus enemigos nacionales, los romanos; pues que entonces aparece en ellos toda la falacia del salvaje. Arminio, al engañar y esterminar á Varo y á sus legiones, realizó una obra maestra de traicion satánica. Inútil seria querer justificar la conducta de este jefe para con sus amigos y bienhechores los romanos; pero se explica como postrer medio de salvacion y como terrible venganza de un pueblo que se vé envuelto en las redes de sus contrarios. ¿Qué viene á ser, á los ojos de la moral, esta falacia tan natural en un pueblo selvático que se encuentra en el último trance, en comparacion de la perfidia astuta, refinada y sistemática, tan asquerosa como colosal, á la cual el pueblo de Tiberio debió el dominio universal no menos que á sus dotes guerreras y diplomáticas?

Hubo tambien posteriormente quejas de la falacia de los germanos, y por cierto muchas veces con razon, y no porque hubiesen tenido que aprender de los romanos el engaño y la astucia; pero hay que tener presente que los tratados á que tantas veces faltaron los germanos les habían sido impuestos por la fuerza de las armas, y que no fué siempre liviandada la causa de su falta á la palabra y á la paz jurada, sino que fueron los apuros, la última miseria, el hambre, las privaciones y la presion de otros pueblos los que les obligaban á romper los pactos de alianza celebrados con los romanos. Por otra parte sabemos, aunque á falta de documentos germanos solo tenemos las relaciones de autores romanos, que los mismos emperadores, y mas sus empleados y contratistas á sus espaldas, fueron frecuentemente los primeros en faltar en parte ó del todo á los convenios y tratados destinados á garantizar los elementos indispensables á la vida material de aquellos bárbaros expropiados y sin patria.

Añádase á esto que la lucha desesperada por la existencia contra el poder superior de Roma, necesaria é incesantemente debia fomentar la inclinacion natural á la astucia propia de todos los bárbaros, y si los francos, que bajo este concepto tenían la peor fama entre todas las tribus germánicas, obraron con una falacia verdaderamente espantosa, hay que atribuirlo por lo menos en gran parte á esta circunstancia.

Tampoco concuerdan en modo alguno ciertos rasgos aislados, brutales, crueles y salvajes de este pueblo de costumbres toscas con sus ideas religiosas, elevadas y nobles, ni con los principios morales consiguientes.

El padre podia admitir ó rehusar el hijo recién nacido que le ponían á los piés sobre el escudo; si no le alzaba era

dad singular de hacer caer los dientes y de debilitar las rodillas á los dos años de haberse bebido (!). Sus médicos llamaban estos males, enfermedad de la boca y parálisis de la rodilla. Para curarlas se usaba una especie de acedera que llamaban británica.

IX.—EL PUEBLO

I.—Generalidades

De lo que precede se colige que los germanos al entrar en la historia no eran ya lo que se llama salvajes; la naturaleza los había dotado noble y profusamente. Hallábanse en un período de civilización muy sencilla, en una especie de período preparatorio á la civilización comparado con el desarrollo posterior, pero no en un período desprovisto de toda cultura. Su grado de civilización puede compararse con el que presentan los antiguos griegos de las poesías de Homero, teniendo en cuenta las ventajas que en favor de los griegos ofrecían un clima meridional, un suelo mas rico y dotes mas brillantes para las artes plásticas y la industria artística.

Eran bárbaros, pero dispuestos para el mas elevado desarrollo intelectual, para un desarrollo de cualidades y disposiciones especiales que luego fueron fecundadas por una civilización extranjera.

No somos nosotros, los alemanes, los que necesitamos, guiados por un falso patriotismo, atribuir á nuestros antepasados virtudes y un grado de civilización que no tenían, y que no podía tener un pueblo selvático que se hallaba en el estado embrionario de civilización. En esto han faltado muchísimas veces los historiadores alemanes, apoyándose en la tendencia de Tácito á idealizar á los germanos para oponer como contraste al excesivo refinamiento de la civilización romana, la moral rigurosa de un pueblo que todavía no había entrado en la verdadera civilización. No han reflexionado estos autores tan patrióticos que sus alabanzas hacen muy poco favor á nuestro pueblo y á sus disposiciones para la civilización, cuando atribuyen por ejemplo á los queruscios del tiempo de Arminio, el grado de cultura que hoy tienen los labradores de Westfalia, pues si así fuese, ¿qué habrían adelantado los alemanes en poco menos de dos mil años?

Por otra parte no merece refutación aquella opinión, por lo general corriente entre autores no alemanes, según la cual pueden compararse los germanos de este período con los pueblos rojas de América, atendido que su idioma, sus costumbres, su jurisprudencia, su religión, y mas que todo su disposición para la civilización no admiten semejantes comparaciones.

En el carácter y costumbres de nuestros pasados encontramos reunidas todas las virtudes de un pueblo de brillantes dotes; pero también de muchos defectos especiales á los germanos, debilidades y aun vicios, y aquellas asperezas, y hasta brutalidad y salvajismo propios de un estado precursor de la civilización, pero bárbaro todavía.

No hay que decir que pasó tiempo antes que los romanos y griegos empezasen á distinguir á los germanos de los otros bárbaros del Nordeste, especialmente de los celtas, que tanto se les parecían en su apariencia exterior. En ambos pueblos chocaba á los romanos, por lo común de pequeña estatura, la talla elevada y frecuentemente gigantesca de sus individuos. Refiriéndose á todos los germanos en general, dice Tácito: «En las caserías se crían los hijos desnudos, desarrollando aquellos cuerpos y potentes proporciones que tanto nos asombran.» Expresiones de estas se repiten en todas las descripciones que hacen de los cimbrós y teutones con el famoso Teutobogo que saltaba sobre seis caballos, hasta Carlo Magno y Harald Hardradi que median siete

veces la longitud de su propio pié. Hablando de los caucos, dicen los autores de aquel tiempo que tenían cuerpos colosales, y de los queruscios admiran los miembros poderosos; de los alemanes dicen que «tienen mayor estatura que nuestros hombres mas altos;» de los burgundios que «miden siete pies;» los ostrogodos eran de mucha mayor talla que sus vencedores bizantinos, y los esqueletos que se encuentran en los sepulcros germánicos prueban hoy que no eran ni el miedo ni la vanidosa alabanza despues de la victoria, lo que hicieron ponderar á los romanos las gigantescas proporciones de sus enemigos.

En la Edad media ya se habían disminuido tanto estas proporciones que muchas corazas de los siglos XIV, XV, XVI y hasta XVII, nos parecen ahora hechas para pechos muy angostos. Además de la estatura extraordinaria, llamaba la atención de los griegos y romanos el cabello rubio, amarillo y rojo de los germanos, realzado con ungüentos y otros medios artificiales, y que tan bien correspondía á su cutis blanco y al color claro, azul ó gris de los ojos con su fuego chispeante tan insoportable.

Cuando los romanos llegaron á distinguir entre germanos y celtas, reconocían en los primeros mas barbarie y brutalidad, mayor estatura y un tinte mas pronunciado en sus cabellos rubios ó rojos que en los últimos. Galeno dice expresamente que no se ha de llamar rubio al cabello de los germanos, sino rojo encendido; por cuya razón hubieron de teñirse el cabello de este color los galos que en la entrada triunfal de Calígula tuvieron que representar prisioneros germánicos. Para lograr este tinte rojo, ó mas bien para aumentarlo, empleaban ambos sexos, pero los hombres mas que las mujeres, un jabón, ya sólido ya líquido, que según Plinio inventaron los galos para este objeto, componiéndolo de sebo y ceniza con preferencia de la del haya ó del carpe. Amiano cuenta también que una vez sorprendieron los romanos á una banda de alemanes acampados á orillas del Mosela, que se bañaban y se teñían, según su costumbre, el pelo de color encarnado mas subido, probablemente con el ungüento ó jabón descrito.

También sorprendió á los extranjeros la grandísima igualdad y semejanza que ofrecían los germanos en sus cuerpos, lo que se explica por su aislamiento de otras razas, pues debían ser rarísimas las uniones matrimoniales con extraños, bien que se conocen excepciones, particularmente entre los príncipes. Además, es un hecho general que la semejanza entre los individuos es mayor en pueblos bárbaros que en los civilizados donde se observa la mayor variedad.

Sin embargo, debió de haber muchos cruzamientos desde el origen, aunque no fuesen sino frutos de concubinatos con mujeres esclavas ó siervas, atendido que al establecerse los germanos en sus respectivos distritos quedaron muchos celtas en el país, y despues también romanos; de otro modo no se explicaría la gran procedencia de individuos morenos de pelo y ojos oscuros, y además de estatura mas corta y miembros mas débiles en la población meridional de Alemania, cerca del Rin, en islotes también en el Wurtemberg y la Baviera Alta, y siempre en distritos que se sabe estaban muy romanizados, como por ejemplo Walchensee, Partenkirchen y otros, al lado de individuos rubios y casi siempre de grande estatura y robustez.

Posteriormente ya se sabe que se cruzaron los germanos orientales y los austriacos con los eslavos.

Si ya por sí eran una raza robusta los germanos, contribuyeron muchísimo á aumentar su estructura vigorosa, su vida exclusivamente selvática, sus ocupaciones y ejercicios corporales desde la edad mas tierna, pues los juguetes de los niños eran armas, jugaban á la guerra y caza, el salto de

espadas era su danza, y finalmente, los niños que nacían en débiles ó contrahechos, no eran levantados por el padre, es decir, se les dejaba abandonados hasta que morían.

Las disposiciones, carácter y cualidades fundamentales y comunes antes á toda la raza ariana se fueron desarrollando, como es natural, desde la gran división y dispersión de tantas ramas bajo las diferentes condiciones de clima, aire y suelo según los respectivos países que ocuparon luego, tan diversamente, que han acabado por llegar á extremos completamente opuestos; conforme muestran los cambios de religión, la moral, el derecho y la constitución de los indios, antes tan guerreros, desde que se establecieron bajo el clima enervador del Ganges. También se reconoce en la raza griega y latina la gran influencia que tuvieron el clima y naturaleza de Grecia y de la península de los Apeninos; y en la germánica la vida selvática que llevó durante mas de mil años en las selvas vírgenes de la Europa central; y ¿quién no ve en los germanos septentrionales la inmensa influencia que han tenido sobre su modo de ser la naturaleza y aislamiento de la Escandinavia? Pueden haber sido ya diferentes de los germanos meridionales las tribus aquellas cuando inmigraron en su país, pero la aspereza de su carácter, á veces verdadera furia salvaje, la profunda melancolía que se reflejan en su vida, costumbres, poesía y religión, demuestran la influencia de la tierra que habitan; y sino véase el Edda y muchas otras leyendas, que reflejan el helado y tético país, la isla del hielo, la Islandia, donde fueron escritas.

La selva es sin embargo la que mas que todas las otras circunstancias ha dejado sentir su influencia verdaderamente benéfica en el destino y en el desarrollo moral característico del pueblo alemán, y bien puede decirse que los bosques han sido su salvación y su égida; la selva los ocultó á los romanos primero, y los protegió de ellos despues. Si hubiesen vivido entonces en populosas ciudades, habrían sucumbido infaliblemente á la superior ciencia de los romanos, hábiles en dirigir los sitios de plazas fuertes, como sucedió á los celtas en la Galia. Ni fueron bastantes los castillos que los valientes montañeses habían establecido en aquella vasta fortaleza natural de los Alpes réticos, ni su resistencia desesperada, para salvarlos de los romanos, cuya base de operaciones, Verona y Trieste por un lado, Ginebra y Basilea por otro, les facilitaban la subida á las elevadas cumbres de los Alpes, y una vez allí se sabe que para ellos no había fortaleza invencible.

Mas que altas cordilleras y fuertes castillos protegió á los germanos la selva virgen con sus pantanos, ambos impenetrables; ¡pobres de ellos si hubiesen presentado cara á las legiones defendiendo valiosas poblaciones! Del modo que estaban, ningún sentimiento les causaba abandonar sus barracas ligeras de madera aunque estuviesen destinadas á sus reyes y nobles, ya incendiándolas ya dejando esta tarea á los centuriones que les seguían, porque los pocos objetos de su ajuar de algún valor, sus mujeres é hijos y los criados y criadas siervos con el ganado, se ocultaban en el interior de la selva, ya que el invasor ni conocía sus senderos apenas visibles ni los angostos pasos de los pantanos. Las provisiones de cereales eran escondidas en silos. Luego duraba muy poco la reclusión y privación propia de los que estaban ocultos en el bosque, porque los hijos de Italia solo se atrevían en verano á penetrar en país tan selvático y rudo; mucho antes del otoño, á últimos de verano, empezaban su retirada para huir del clima, y entonces, cuando se habían marchado, facilitaba la misma selva á sus habitantes la madera para reconstruir las viviendas.

Pero los bosques no eran solamente asilos seguros y protectores de los germanos; conservaban también en su

frescura y vigor primitivo la salud del cuerpo y del espíritu de tal modo, que en la decadencia y ruina de los romanos, el elemento germánico pudo presentarse como el joven heredero del dominio universal y como portador é iniciador del porvenir.

¿Y qué riqueza y abundancia de voces é imágenes han dado á la lengua y á la fantasía alemana el bosque y su mundo vegetal y animal!

No carecía de bosques la patria primitiva del Asia, pero la vida verdaderamente selvática empezó para los germanos en Europa, cubierta desde la parte oriental cerca del mar Negro hasta el Báltico y el Rin de incommensurables selvas, cuyo arranque y roturación fué la ocupación principal de los antiguos germanos durante un milenio.

No puede decirse que esta vida selvática implique un retroceso en la civilización de los germanos comparada con la que tenían en los páramos del Asia, pues no era mas que la continuación de la vida nómada á que les obligaban la cria de ganados, el ejercicio de la caza y la vida que en la Germania se había vuelto mas productiva. No olvidaron por esto los rudimentos de agricultura que habían aprendido en Asia y que en Europa era preciso aplicar con mas intensidad, atención y solicitud por ser el terreno disponible mas limitado, y esto dió lugar al establecimiento de propiedades rurales, ó fincas de labranza y á la creación de la voz *hufe* (que significa una pequeña explotación agrícola de un jornal ó aranzada de tierra, la que podía labrarse con un animal, de *huf* uña, casco de caballo). La tierra desmontada y cultivable adquirió valor en atención al trabajo que había costado en quitar el bosque y roturarla. También es probable que la voz *herbst* que significa otoño y en un principio colección de productos agrícolas, fuese creada en Europa cuando la cosecha había adquirido mas importancia para el abastecimiento y vida del pueblo. En el vocabulario arioasiático había ya voces para asar y hervir, pero las de *mehl*, *brod* y *teig* (harina, pan y pasta) prueban que la alimentación había adquirido en Europa mas importancia. Luego se introdujo también el vocablo *futter* (pienso, ración que se da al ganado), distinguiéndose así la comida ó alimento de los animales de los del hombre, que es en alemán *speise* y se traduce por vianda, manjar y alimento aun en sentido figurado.

Despues de la inmigración de los germanos en el Nordeste de Europa se enriqueció el idioma también con los nombres de los animales propios del Norte, como ballena, foca, reno ó renjifero, el toro silvestre del cual había dos especies, el bisonte y el uro, y lo mismo sucede con el cereal del Norte, la avena.

El clima rudo junto con la vida de bosque y la incesante lucha con animales dañinos y feroces templó y vigorizó los cuerpos, y á este efecto hay que atribuir el paso del período pastoril al guerrero, porque á las ocupaciones que originaba el ganado se habían agregado las que exigía la caza, tan importantes como aquellas. Buena prueba de ello son los muchos sinónimos de voces como combate, batalla, gloria y victoria, que vienen á aumentar el vocabulario germánico en esta época, y que sirven con los nombres de los animales mas fuertes á componer la mayor parte de los nombres de varón y aun de las hembras.

No por esto debe creerse que hubiese empezado entonces para el pueblo germánico el período heroico haciendo cesar su vida idílica pastoril; esto sería un grave error, porque la vida de rapiña de pueblos ganaderos bárbaros no tiene nada de idílico en el período selvático. Lo que facilita principalmente la adquisición de costumbres mas templadas y en general de la civilización es el paso de los pueblos pasto-